

por parte de la secretaría de guerra, y sepa ella que la he tenido presente en mis últimos instantes," y besando efusivamente la medalla y sollozando como un niño, se la dió á Rochambeau que prometió cumplir la promesa. Al poco rato, el alemán exhalaba el último suspiro. El teniente Rochambeau mudo ante tal escena, y con lágrimas en los ojos, abrazó aquel cuerpo inerte y levantando los ojos al cielo en actitud suplicante, exclamó, "Dios mío; que seamos nosotros mismos los que causamos estas penas á nuestras madres!"

Era un día del mes de Noviembre, cuando las tropas francesas entraban victoriosas en la ciudad de Sedan. Después de dos continuas semanas de combate, habían logrado cortar la principal línea de comunicaciones que suministraba al enemigo municiones, y alcanzaban el triunfo más brillante. Por las calles de la población se paseaban grupos de soldados entonando alegres canciones al son de las guitarras. Todo era bullicio y alegría. El teniente Rochambeau, con varios de sus amigos, participaba de aquel gozo, cantando y bebiendo alegremente en una pequeña posada regentada por una mujer. Esta que no era otra que una espía alemana, se desvivía por agasajar, tanto

al teniente como á los demás soldados, tratando á toda costa de conseguir alguna información útil. Sucedió que contando cada uno sus diferentes experiencias é impresiones en el campo de batalla, se le ocurrió al teniente Rochambeau contarles sobre la triste suerte que le cupo al alemán en los campos de Meuse-Argonne, enseñándoles al mismo tiempo la medalla que el mismo herido le había dado. Aquella mujer, que momentos antes había estado escuchándoles con fingido interés, examinó la medalla, y tan pronto como terminó el relato se acercó al teniente con el semblante pálido como el de la muerte, y con los ojos rojos como el fuego, y le preguntó "¿Para quién guardas la medalla?" "Para su madre," contestó Rochambeau, extrañado de ver su palidez de muerte. La mujer dió unos pasos con firmeza, y acercándose al teniente le dijo con ironía, "La has hallado personalmente. Yó soy su madre." Diciendo esto sacó un puñal que llevaba escondido y se echó sobre él, matándole en el acto. Una vez que hubo terminado su trágica obra, sumisamente se dejó arrestar mientras que teniendo á la vista el frío cadáver de su víctima exclamaba, "Hijo mío, tu muerte por fin ha sido vengada."



El Prisionero

· Por Francisco Martín Sanchez

Aquí encerrado,
solo, indefenso.
¿Por qué lo pienso?
¡Qué loco afán!
Yo por batirme
diera la vida,
Patria, querida
dime. ¿Do están?

Feliz yo fuera
si estar pudiese,
donde sintiese
noble cañón:
Yo te vengara
mi fiel España,
quiero campaña,
no la prisión.

Fuera vendaje,
venga mi espada;
¡¡la sangre helada!!
¡Dime Señor!
¿Por qué me trazas
tan triste suerte,
si odio la muerte
ante el traidor?

Con mis pesares
nada adelanto;
mas sufro tanto
que odio el vivir:
Por fin se acercan,
llega guerrero,
que en lucha quiero
siempre morir.